

no se puede ser cristiano sin la fé, no es permitido á ningun particular ni á ninguna sociedad modificar esta doctrina, expresarla en términos vagos, susceptibles de un sentido ortodoxo, pero que pueda tambien favorecer al error, añadir ó quitar alguna cosa por complacer á los sectarios, bajo el pretexto de moderacion y de caridad. Este es un depósito confiado á la Iglesia, la cual debe conservarlo y trasmitirlo á los siglos siguientes, tal como lo ha recibido, sin la menor alteracion (1). «Nosotros, dice san Pablo, no obramos con disimulacion ni alteramos la palabra de Dios; pero declaramos la verdad, por la que nos hacemos recomendables delante de Dios á la conciencia de los hombres.» Nuestros adversarios no cesan de clamar contra los fraudes de las cosas piadosas. ¿Y hay un fraude más criminal que el de envolver la verdad en expresiones capciosas, capaces de engañar á los sencillos y de instruirlos en el error? Y sin embargo este es siempre el manejo empleado por los sectarios. Es evidente que lo que ellos llaman hoy tolerancia y caridad no es otra cosa que un fondo de indiferencia por los dogmas, esto es, por la doctrina de Jesucristo.

2.º Jamás la falsedad del principio fundamental de la Reforma ha aparecido más patente que en las disputas y las conferencias tenidas entre los protestantes. No cesan de repetir que sólo por la Escritura Santa deben decidirse todas las controversias en materia de fé; y sin embargo, despues de más de doscientos cincuenta años que discuten y disputan, esta es la hora en que no han podido ponerse de acuerdo sobre el sentido que deben dar á estas palabras de Jesucristo-

(1) I Tim., vi, 20.—II Tim., i, 14.

to: *Este es mi cuerpo; esta es mi sangre.* Sostienen que cada individuo tiene el derecho de dar á la Escritura el sentido que le parezca verdadero, y ellos se rehusan mutuamente la comunión, porque cada partido quiere usar de este privilegio.

3.º Luego que los herejes proponen medios de reunion, lo hacen siempre en el consentimiento de no apartarse una sola linea de sus sentimientos y que sólo á ellos es permitida la obstinacion. Bien lo vemos por las pretensiones del arzobispo de Cantorbery. Este exigió ante todo que la Iglesia galicana diese principio por condenarse ella misma, que reconociera hasta entonces habia estado sumida en el error atribuyendo al soberano Pontífice una primacia de derecho divino y una autoridad de jurisdiccion sobre toda la Iglesia. Esta proposicion por si sola era un verdadero insulto. Es bastante para formar un cisma: no es necesario más que un momento de humor para llegar á ello :

Facilis descensus Averni
Sed revocare gradum

4.º El carácter sospechoso, desconfiado y obstinado de los herejes, está suficientemente demostrado no sólo por las confesiones forzadas que varios de entre ellos han hecho, sino por su propia conducta. El mismo Mosheim nos manifiesta en si mismo esta verdad. Sostiene que todos los métodos empleados por los teólogos católicos para desengañar á los protestantes, para exponerles la doctrina de la Iglesia tal como ella es, y de la que tienen una falsa idea y que la denigran y disfrazan para hacerla odiosa, son impos-

turas : pero hombres que acusan á todos los hombres de mala fé, pueden muy bien ser culpables ellos mismos. ¿Cómo tratar con obstinados que no quieren aun convenir en que la *Exposicion de la fé católica* por Bossuet presenta la verdadera creencia de la Iglesia romana, que no saben todavía si nosotros hemos recibido las definiciones de fé del concilio de Trento, que parece que dudan si nosotros creemos todos los articulos contenidos en el simbolo de los apóstoles? Si se tomasen por lo ménos el trabajo de leer nuestros catecismos y de compararlos, verian que ellos enseñan lo mismo en todas partes : pero ellos encuentran más cómodo el calumniarnos que el instruirse.

5.º Como quiera que entre los protestantes no existe nada de vigilancia general, nada de autoridad en punto á enseñanza, nada de centro de unidad, no solamente cada nacion, cada sociedad, sino cada doctor particular cree y enseña aquello que le place. El espíritu de contradiccion, la rivalidad, los celos, las prevenciones de localidad, los intereses políticos, etc., son suficientes para excitar á los que toman parte en cualquier discusion. Hé aqui lo que ha sucedido cuantas veces ha habido una especie de acuerdo concluido entre luteranos y calvinistas : lo mismo ha sucedido y aun más seguramente si los unos ó los otros han tratado con los católicos. La confesion de Augsburgo presentada pomposamente á la dieta del imperio no agradó á todos los luteranos : ha sido retocada y cambiada muchas veces, y no son pocos los que hoy no la reciben en todos los puntos de doctrina. Lo mismo ha sucedido con las confesiones de fé de los calvinistas : ninguna hace ley para todos: cada

iglesia reformada es un cuerpo independiente que no tiene derecho de fijar la creencia de sus miembros.

6.º Bossuet en su escrito contra Leibnitz ha demostrado suficientemente que el principio fundamental de los protestantes es inconciliable con el de los católicos. Los primeros sostienen que no hay otra regla de fé que la Escritura Santa; que la autoridad de la Iglesia es absolutamente nula, y que por lo tanto nadie está obligado en conciencia á someterse á sus decisiones. Los católicos por el contrario estamos persuadidos de que la Iglesia es la intérprete de la Escritura Santa, que ella debe fijar su verdadero sentido ; que cualquiera que resiste á sus decisiones en materia de doctrina, peca esencialmente en la fé, y se excluye por lo mismo de la salvacion. ¿Qué medio puede encontrarse entre estos principios tan diametralmente opuestos?

Por consecuencia, los syncretistas de cualquier secta que procedan han debido conocer que trabajan en vano y que sus esfuerzos han de ser necesariamente infructuosos. Nada significan los elogios que hoy les prodigan los protestantes : el resultado de la tolerancia que miran como el heroismo de la caridad, consiste en que cada doctor debe pensar en si mismo sin tomarse cuidado por los otros. No es ciertamente este el espíritu de Jesucristo ni el del cristianismo.
(*Pluquet.*)

TERMINISTAS.

Así han sido llamados ciertos calvinistas que ponen un término ó limite á la misericordia de Dios. Estos enseñan:

1.º Que hay muchas personas en la Iglesia y fuera de ella, á las cuales ha fijado Dios cierto término antes de su muerte, pasado el cual no quiere ya salvarlos, por mucho que sea el tiempo que aun vivan sobre la tierra.

2.º Que lo ha determinado así por un decreto impenetrable é irrevocable.

3.º Que una vez terminado este plazo, no les concede ya Dios los medios de arrepentirse y de salvarse, y que aun quita á su palabra todo poder de convertirlos.

4.º Que á este número han pertenecido Faraon, Saul, Judas, la mayor parte de los judíos y muchos gentiles.

5.º Que Dios tolera en el día muchos réprobos de esta especie; que si les concede todavía gracias despues del término que ha señalado, no es con intencion de convertirlos.

El resto de los protestantes, y muy especialmente los luteranos, rechazan con razon estas opiniones, que son otras tantas consecuencias de los derechos absolutos de predestinacion sostenidos por Calvino y por los gomaristas; propiamente hablando, son otras tantas blasfemias injuriosas á la bondad infinita de Dios y á la gracia de la redencion, destructoras de la esperanza cristiana y expresamente contrarias á la Sagrada Escritura.

TRISACRAMENTARIOS.

Entre los protestantes hubo algunos sectarios que fueron llamados trisacramentarios, porque admitian tres sacramentos, el bautismo, la cena ó la Eucaristia y la absolucion, al paso que los demás reconocian tan solamente los dos primeros. Algunos autores han creído que los anglicanos consideran tambien la ordenacion como un sacramento, y otros pensaron que era la confirmacion; empero estos dos hechos se contradicen por la *Confesion de fé anglicana*, art. 25.

UBIQUISTAS Ó UBIQUITARIOS.

Luteranos que creían que en consecuencia de la union hipostática de la humanidad con la divinidad, el cuerpo de Jesucristo se hallaba en todas partes, *ubique*.

Los sacramentarios y los luteranos no podian ponerse de acuerdo sobre la presencia de Jesucristo en la Eucaristia: los primeros negaban la presencia real, porque tenían por imposible que un mismo cuerpo estuviese á la vez en muchos lugares diferentes. Clustré y algunos otros respondieron que esto es falso; que estando la humanidad de Jesucristo unida al Verbo, su cuerpo estaba en todas partes con el Verbo.

Contra esta doctrina se levantó Melanchton, el cual sostuvo que era introducir, á ejemplo de los eutiquianos, una

confusion entre las dos naturalezas de Jesucristo, atribuyendo á la una las propiedades de la otra, y en este modo de pensar permaneció hasta su muerte. Las universidades de Wittemberg y de Leipsich abrazaron el partido de Melancton, pero esto no impidió el que se aumentase de un modo considerable el número de los ubiquistas, cuyo sistema ha prevaecido por mucho tiempo entre los luteranos. Los de Suecia se dividieron al sostenerlo; opinaron unos y sostuvieron que durante la vida mortal del Salvador su cuerpo se hallaba en todas partes, y los otros sostenian que no tuvo este privilegio hasta despues de la ascension.

En el dia esta opinion no tiene partidarios entre los luteranos: se han acercado á los calvinistas, y creen que el cuerpo de Jesucristo no está presente con el pan, sino en la comunion y en el momento en que se recibe. No sabemos si enseñan que este cuerpo está presente en virtud de la accion misma de comulgar, ó en virtud de las palabras de Jesucristo.

Véase cómo discurre el autor del *Diccionario de Teología*: — Es bastante extraño, dice, que los teólogos que se esfuerzan en persuadir que es clara la Escritura Santa, inteligible y al alcance de todos en los dogmas de fé, no hayan nunca podido convenir en un artículo tan esencial como el de la Eucaristía; que despues de muchas disputas, de sistemas y de volúmenes escritos por una y otra parte, haya subsistido siempre y subsista aun la diversidad de creencia entre las dos principales sectas protestantes. Lo primero que hubiera sido necesario probar por la Escritura era el

derecho que se atribuian de decidir en puntos de fé, mientras que se lo negaban á la Iglesia universal.

Basnage, *Hist. de la Iglesia*, lib. 26, c. 6, sostiene que la opinion de los ubiquitarios es una consecuencia natural del dogma de la presencia real, y que así la Iglesia romana no puede combatir con ventaja esta opinion. En efecto, dice, yo concibo que un cuerpo que no puede hallarse naturalmente más que en un lugar, se halle sin embargo en cien mil donde se comulga y se conserva la Eucaristía; puedo creer igualmente que está en todas partes, porque ni hay regla cuando se destruye la naturaleza de las cosas, ni hay nada fijo cuando se recurre á milagros que destruyen la razon.

Si este crítico hubiera estado ménos aferrado en sus preocupaciones, hubiera comprendido que la regla y medida de nuestra fé es la revelacion; que no nos toca á nosotros llevar los milagros y misterios más allá de lo que Dios nos ha revelado. Así que, la Sagrada Escritura y la tradicion, que son los órganos de la revelacion, nos enseñan que el cuerpo de Jesucristo está en la Eucaristía, sin decirnos que esté tambien en otra parte; luego debemos limitar á esto nuestra fé. Esto basta para refutar á los ubiquitarios, que no pueden fundar su parecer ni en la Sagrada Escritura ni en la tradicion. No se trata de saber dónde puede ó no estar el cuerpo de Jesucristo, sino de saber dónde está. Por lo demás, nada más falso que el principio en que se ha fundado Basnage. Segun la narracion del Evangelio, Jesucristo al resucitar salió del sepulero sin separar la piedra que lo cerraba; un ángel fué el que la levantó, *Matth.*, xxviii, 2.

Sus discípulos no le vieron cerca de su sepulcro, y sin embargo se presentó allí á María Magdalena, *Joan.*, xx, 14. Desapareció á la vista de los dos discípulos de Emmaus con los que acababa de comer, *Luc.*, xxiv, 31. La misma noche se halló en medio de sus discípulos, aunque estaban cerradas las puertas; creyeron ver un espíritu; para asegurarlos les hizo tocar su cuerpo, *ibid.*, xxxvi; repitió este mismo prodigio con santo Tomás, *Joan.*, xx, 26. ¿Rehusaremos creerlo bajo el pretexto de que un cuerpo no puede naturalmente penetrar á los demás, hallarse en un lugar sin haber venido á él, ni desaparecer repentinamente de la vista de todos sin que se destruya en todos estos casos la naturaleza de las cosas? Este principio de Basnage se dirige nada ménos que á destruir todos los milagros, y tal es la consecuencia de todos los argumentos que han hecho los protestantes contra el misterio de la Eucaristía. Diríamos que no han tenido más intento que armar á los incrédulos contra todos los artículos de nuestra fé.

No tienen contestacion posible estas profundas y lógicas reflexiones de Bergier.

UNIVERSALISTAS.

Entre los protestantes se da este nombre á aquellos que sostienen que Dios da á todos los hombres gracias para que puedan conseguir la salvacion: esta es, dicen, la opinion actual de los arminianos, y dan el nombre de particularis-

tas, segun vimos en su artículo respectivo, á sus adversarios.

Para concebir la diferencia que hay entre las opiniones de los unos y de los otros, es necesario recordar que en 1618 y en 1619, el sinodo celebrado por los calvinistas en Dordrecht, en Holanda, adoptó solemnemente la opinion de Calvino, que enseñaba que Dios, por un decreto eterno é irrevocable, ha predestinado á ciertos hombres á la salvacion, y destinado á otros á la condenacion, sin consideracion alguna á sus méritos ó deméritos futuros; que en consecuencia da á los predestinados gracias irresistibles, por las que llegan necesariamente á la felicidad eterna, en vez de que niega estas gracias á los réprobos, que faltos de este auxilio necesario se condenan. Así, segun Calvino, Jesucristo no ha muerto ni ha ofrecido á Dios su sangre más que por los predestinados. Este mismo sinodo condenó á los arminianos que desechaban esta predestinacion y reprobacion absolutas, que sostenian que Jesucristo derramó su sangre por cada uno de ellos en particular, y que en virtud de este rescate Dios da á todos sin excepcion gracias capaces de conducirlos á la salvacion, si son fieles en corresponder á ellas. En la palabra *arminianos* se ha notado ya que los decretos de Dordrecht se recibieron sin oposicion por los calvinistas de Francia en el sinodo nacional celebrado en Charenton en 1633.

Como esta doctrina era horrible y sediciosa, y por otra parte las decisiones en materia de fé se hallan en una expresa contradiccion con el principio fundamental de la Reforma, que excluye toda regla de fé que no sea la Sagra-

da Escritura, pronto hubo, aun en Francia, teólogos calvinistas que sacudieron el yugo de estos decretos impios. Juan Cameron, profesor de teología de Saumur, y Moisés Amyraut, su sucesor, abrazaron la opinion de los arminianos sobre la predestinacion y la gracia. Segun la narracion de Mosheim, *Hist. ecles., siglo xvii, sec. 2.^a, 2.^a parte, cap. 2*, Amyraut en 1634 enseñó:

1.º Que Dios quiere la salvacion de todos los hombres sin excepcion, y que ninguno está excluido de los beneficios de Jesucristo por un decreto divino.

2.º Que nadie puede participar de la salvacion y de los beneficios de Jesucristo si no cree en él.

3.º Que Dios por su bondad no quita á ningun hombre el poder y la facultad de creer: pero que no concede á todos los auxilios necesarios para usar discretamente de este poder: de esto proviene que un grandisimo número parecen por culpa propia y no por la de Dios.

O el sistema de Amyraut no está fielmente expuesto, ó este calvinista se expresaba mal.

1.º Debía decir si entre los *beneficios de Jesucristo* comprendía las gracias actuales interiores y prevenientes, necesarias ya para creer en Jesucristo, ya para practicar cualquiera obra buena. Si admitía esta necesidad nada tiene de reprehensible su 1.ª proposicion; si no la admitía era pelagiano, y dice bien Mosheim, que la doctrina de Amyraut no era otra cosa que un pelagianismo disfrazado. Al hablar de esta herejía se ha manifestado que Pelagio no admitió nunca la noción de una gracia interior y preveniente, que consiste en una iluminacion sobrenatural del

alma y en una mocion ó impulsion de la voluntad; sino que sostenia que esta mocion destruía el libre albedrío. Esto es lo que aun sostienen los arminianos del día.

2.º La 2.ª proposicion de Amyraut confirma tambien el argumento de Mosheim; por ella asegura que nadie puede participar de la salvacion y de los beneficios de Jesucristo, sin creer en él. Esta es tambien la doctrina de Pelagio; decia que el libre albedrío se halla en todos los hombres; pero que sólo en los cristianos es ayudado por la gracia. (S. Agustin, *de Gratia Christi*, c. 31, n. 33.) Esto es incontestable si no hay más gracia que la ley y el conocimiento de la doctrina de Jesucristo, como sostenia Pelagio; pero san Agustin ha probado contra él, que Dios ha dado gracias interiores á infieles que nunca han creído en Jesucristo, y que el mismo deseo de la gracia y de la fé, es ya el efecto de una gracia preveniente. Y como la concesion ó la negacion de esta gracia ciertamente no se hace mas que en virtud de un decreto por el que Dios ha resuelto concederla ó negarla, es falso que nadie esté excluido de los beneficios de Jesucristo en virtud de un decreto divino, como asegura Amyraut en su 1.ª proposicion.

3.º La última está todavía en mayor oposicion. En efecto, ¿qué entiende este teólogo *por el poder y la facultad de creer*? Si entiende un poder natural, tambien es el pelagianismo puro. Segun san Agustin y segun la verdad, es nulo este poder si no está prevenido por la predicacion de la doctrina de Jesucristo y por una gracia que inclina la voluntad á creer. Muchos miles de infieles no han oído nunca hablar de Jesucristo, y otros á los que se les ha predicado,

no han creído en él. No recibieron, pues, de Dios la gracia interior y eficaz de la fé, ó el auxilio necesario *para usar discretamente de su poder*. Pero repetimos que es imposible que Dios conceda ó niegue una gracia, ya exterior ó interior, sin haberlo querido y determinado por un decreto; luego es falso que los infieles no hayan sido excluidos de un grandísimo beneficio de Jesucristo en virtud de un decreto divino. Pero no se sigue de esto que no hayan recibido ningún beneficio. Así, el sistema de Amyraut no es otra cosa que un tejido de equívocos y de contradicciones.

El traductor de Mosheim lo ha observado en una nota. Conviene por otra parte, en que la doctrina de Calvino, relativa á la predestinación absoluta, es dura, terrible y fundada en las nociones más indignas del Sér supremo. «¿Qué hará pues, dice, el verdadero cristiano para hallar el consuelo que ningún sistema le pudo dar? Apartará su vista de los decretos ocultos de Dios, que no están destinados ni á dirigir nuestras acciones ni á consolarnos en la tierra, y la fijará en la misericordia de Dios manifestada por Jesucristo, en las promesas del Evangelio y en la equidad del gobierno actual de Dios y de su juicio futuro.

Este lenguaje no es ni más justo ni más sólido que el de Amyraut. 1.º Se sigue que los reformadores de ningún modo han sido verdaderos cristianos, porque en vez de apartar la vista de los fieles de los decretos ocultos de Dios, se los han presentado bajo un aspecto horrible, capaz de llenar de espanto á los más atrevidos; 2.º es absurdo suponer que los decretos ocultos de Dios puedan ser contrarios

á los designios de la misma misericordia, que nos ha manifestado Jesucristo; ahora bien, estos están destinados evidentemente á consolarnos y animarnos en la tierra; 3.º no depende de nosotros el fijar nuestros ojos en las promesas del Evangelio, sin atender á sus amenazas y á lo que ha dicho san Pablo relativo á la predestinación y á la reprobación; 4.º hay ignorancia ó mala fé en suponer que no hay ningún medio entre el sistema pelagiano de los arminianos de Amyraut, etc., y la horrible doctrina de Calvino. Nosotros decimos que hay uno, y es el parecer de los teólogos más moderados. Fundados en la Sagrada Escritura y en la tradición universal de la Iglesia, enseñan que Dios quiere sinceramente la salvación de todos los hombres sin excepción, y que por este motivo «ha establecido á Jesucristo víctima de propiciación, por la fé en su sangre para demostrar su justicia y para perdonar los pecados pasados» *Rom.*, III, 25. De consiguiente que Jesucristo ha muerto por todos los hombres y por cada uno de ellos en particular, y que Dios da á todos gracias interiores de salvación, no en la misma medida ó con la misma abundancia, sino suficientemente para que todos los que corresponden á ellos, lleguen á la fé y á la salvación. Dios la distribuye á todos, no en consideración de sus buenas disposiciones naturales, de los buenos deseos que han formado, ó de las buenas acciones que han hecho por las fuerzas naturales de su libre albedrío, sino en virtud de los méritos de Jesucristo, redentor de todos y víctima de propiciación por todos, *I Tim.*, II, v. 4, 5, 6. Es un error grosero de Pelagio, de Arminio, de Amyraut, de los protestantes, de los jansenistas, etc., el

creer que no se conceda ninguna gracia de Jesucristo sino á los que le conocen y creen en él.

Verdaderamente nosotros no nos hallamos en estado de comprobar detenidamente el modo como Dios pone la fé y la salvacion al alcance de los lapones y de los negros, de los chinos y de los salvajes, ni de conocer la cantidad y la naturaleza de las gracias que les da; pero no tenemos más necesidad de saberlo, que de descubrir los resortes por los que Dios hace mover este universo, ó de conocer los motivos de la desigualdad prodigiosa que pone entre los dones naturales que concede á sus criaturas. San Pablo en su *Epist. á los Rom.*, no hace consistir la predestinacion en que Dios da muchas gracias de salvacion á unos, mientras que no da ninguna á otros, sino en que concede á los unos la gracia actual de la fé, sin concedérsela lo mismo á los otros. No vemos en qué este decreto de predestinacion pueda turbar nuestro reposo y nuestra confianza en Dios; convencidos por nuestra propia experiencia de la misericordia y de la bondad infinita de Dios con respecto á nosotros, ¿nos atormentaremos con la vana curiosidad de saber cómo obra con respecto á todos los demás hombres?

En tercer lugar hay que hacer una observacion importante sobre los progresos de la presente disputa entre los protestantes. Hablando de los decretos de Dordrecht, ha observado Mosheim que cuatro provincias de Holanda se negaron á suscribir á ellas, que en Inglaterra se desecharon con desprecio, y en las iglesias de Brandeburgo, de Brema, de Ginebra misma, prevaleció el arminianismo; añáde que los cinco artículos de doctrina condenados por

este sínodo, son la opinion comun de los luteranos y de los teólogos anglicanos. Tambien al hablar de Amyraut, dice que sus opiniones fueron recibidas no sólo por todas las universidades hugonotas de Francia, sino que se esparcieron en Ginebra y en todas las iglesias reformadas de Europa, por medio de los refugiados franceses. Como ha creído que estas opiniones son el pelagianismo puro, sigue firme en que esta herejia es actualmente la creencia de todos los calvinistas; y que del predestinacionismo excesivo de su primer maestro, ha dado en el exceso opuesto. Por otra parte, puesto que confiesa que los luteranos y los anglicanos siguen las opiniones de Arminio, y que despues de la condenacion de éste, sus partidarios han llevado su sistema mucho más allá que él, tenemos derecho para concluir que los protestantes en general han llegado á ser pelagianos. Mosheim confirma esta sospecha por el modo como ha hablado de Pelagio y su doctrina, *Hist. ecles., siglo v., 2.^a parte, capítulo 5, § 23 y sig.* No la ha vituperado de ningun modo. Para colmo del ridiculo, los protestantes nunca han dejado de acusar á la Iglesia romana de pelagianismo. Es bastante curioso este fenómeno teológico y lo veremos entre aquellos de nuestros teólogos á quienes justamente se puede echar en cara las opiniones de los predestinacionistas.

Hemos traducido este artículo del *Diccionario de las Herejias*, y es el mismo que inserta tambien el abate Bergier.

BACON.

Francisco Bacon, baron de Vérulam, vizconde de San Albano, guarda-sellos y gran canciller de Inglaterra, puede ser considerado como el padre de la filosofía empírica y racionalista moderna. Nació en Londres en 1561 y murió en 1626. Sus principales obras son: *Instauratio magna*;— *De dignitate et augmentis scientiarum libri IX*;— *Novum organum scientiarum*. En estos dos últimos se halla contenido todo su sistema.

La intencion reconocida del filósofo inglés era el hacer una revolucion en el terreno de la filosofía. Enemigo declarado de la escolástica, de la dialéctica y del silogismo, proclamó un nuevo método, *Novum organum*, de induccion. No entra en nuestro pensamiento, ni este es lugar á propósito para ello, el hacer un análisis del método de este filósofo. Nos es suficiente registrar sus exageraciones y sus errores, fatales á la fé y á la verdad católicas.

Al acuerdo de la fé con la razon, llamó Bacon un mal matrimonio, y tenia la intencion de separarlas por su nuevo método de filosofía. Con este objeto enseña que todos nuestros conocimientos sobre la naturaleza, sobre el hombre y sobre Dios nos vienen de los sentidos. Este sistema excelente en las ciencias físicas es absolutamente falso en metafísica, como se demuestra en todos los cursos elementales de filosofía; pues que admitiéndolo en absoluto, conduce necesariamente al materialismo y al escepticismo, en el que han

caido todos sus adeptos. La congregacion del *Index* condenó la obra *De dignitate et augmentis scientiarum*, por decreto de 3 de abril del año 1663.

Admitimos sin embargo que Bacon no previera las consecuencias desastrosas de su nuevo método filosófico. (Véase á este objeto de la filosofía de Bacon, la elocuente obra del conde de Maistre, *Examen de la philosophie de Bacon*:— los *Deux chanceliers d'Angleterre*, por M. Ozanam, y en fin, todos los cursos de historia de la filosofía, compuestos bajo el punto de vista católico. En el libro *De augmentis scientiarum*, se encuentra esta magnífica y profunda máxima, tan frecuentemente repetida desde entonces: «Poca filosofía aleja de Dios: mucha filosofía acerca á él.» *Leves gustus in philosophia movere posse ad atheismum, sed pleniores haustus ad religionem reducere* (lib. 1).

BUCERO.

Era Bucero, segun afirma Bossuet, en la *Hist. de las variaciones*, un hombre docto, que se distinguia por su sutileza entre los escolásticos más afamados, predicador elocuente y agradable, por más que su estilo fuese pesado, y se imponia por su presencia y sonora voz. Habia sido jacobino, dominicano, y se casó como los otros reformadores, ó mejor dicho, más que los otros, pues que habiendo muerto su mujer, pasó á segundas nupcias y más tarde á terceras. Los santos Padres no recibian al sacerdocio á los que habian sido casados dos veces siendo legos. Este, sacerdote y

religioso, se casó tres veces sin el menor escrúpulo, durante su nuevo ministerio. Esto era una recomendación en el partido, que con estos ejemplos quería confundir lo que llamaba supersticiones de la antigua Iglesia.

Bucero fué elegido por sus correligionarios para redactar la famosa confesión de Estrasburgo. Hé aquí los principales errores de este jefe de secta :

Ganoso de formar una vasta liga protestante quiso ponerse de acuerdo con Lutero, y recurriendo á expresiones equívocas, admitió con aquel una presencia real pero solamente espiritual.

Poco antes de su muerte, Bucero publicó una nueva confesión de fé en la que admitía la presencia real y sustancial, pero excluyendo la transustanciación. Después de este último acto de equivocación, murió en Inglaterra, sin haber podido obtener otra cosa que agriar más á los dos partidos y hacerlos más enemigos uno de otro, que lo eran anteriormente.

CACANGÉLICOS.

Herejes luteranos llamados así, bien sea porque Hosius les dió este nombre para ridiculizarlos, ó bien, lo que parece más probable, porque ellos afirmaban insolentemente que tenían frecuentes relaciones con los ángeles.

GRABIELISTAS.

Secta particular de anabaptistas que apareció en Pomerania (Prusia) y que tuvo por jefe á Gabriel Scherling, en el año 1530. No tenemos noticias particulares de estos sectarios, sino únicamente que profesaban los mismos errores de los anabaptistas.

HOBBS.

Este es el nombre de un filósofo inglés y protestante, nacido en Malmesbury, ciudad de Inglaterra en el condado de Wits, que también fué patria de Juan Scott. Hobbes nació en 1588. Su doctrina era horrible, y venía á ser una consecuencia de la de Bacon. Según Hobbes no había diferencia alguna entre lo justo ó injusto. Si, en el lenguaje común y convencional, se diferencia el bien del mal, esto no es otra cosa que un efecto de la voluntad propia del hombre, que en determinadas épocas se encuentra obligado á establecer leyes, para establecer el buen orden, instituyendo para ello jefes. El poder de estos jefes procede únicamente de la fuerza, y la fuerza bruta ó el despotismo inteligible y absoluto obra en todas las órdenes de los seres; sobre todas las facultades del hombre que debe dominar y someter. La justicia, según Hobbes, no es otra cosa que la fuerza. La ley es la voluntad del más fuerte. El deber no

es otra cosa que la obediencia del débil. La fuerza es el Dios del mundo. Véase, pues, si tenemos razon en calificar de horrible la doctrina de este filósofo.

JURIEU.

Este ministro protestante resume, segun Bossuet, todos los caracteres descritos por san Pablo para distinguir á los herejes : atrevido, artificioso, errante y tropezando de uno en otro error vino á caer en una infinidad de contradicciones. A sus títulos de profesor, de ministro y de pastor, añadió el de profeta, por la temeridad de sus predicciones : favoreció á los socinianos, autorizó el fanatismo : bajo el pretexto de lisonjear la libertad no inspiró más que motines y revueltas. Su política sembró la confusion en todos los Estados. Por lo demás no hay de quien hable peor que de sí mismo : tan insostenible y contradictoria es su doctrina.

Hé aquí de qué modo el elocuente obispo de Meaux da principio á su série de Advertencias dirigidas á los protestantes sobre las cartas del ministro Jurieu. No haremos más que extractar en sustancia, para que el lector tenga un resumen sucinto y completo de la doctrina de este ministro, que juzga un gran papel en la historia del protestantismo.

Este ministro deshonoró el cristianismo, que segun él, no habia comprendido la verdadera doctrina y autorizó al socinianismo. En estas contradicciones y tergiversaciones, convenció de error y de impiedad á los fundadores de las mil sectas protestantes y reconoció que puede salvarse en

la religion católica. De acuerdo con el ministro Claudio estableció el fanatismo en la Reforma, y quitó á todo el partido protestante el título de Iglesia. Violó la santidad y la concordia del matrimonio cristiano ; destruyó sus propios principios y el fundamento de la fé por las variaciones que introdujó en la antigua Iglesia, y no pudo excusarse de aprobar la tolerancia universal.

Todo esto lo expresa Bossuet muy detalladamente y con ese genio superior que distingue al sabio obispo de Meaux, que fué verdaderamente una lumbrera de la religion, un gran defensor de la fé y un Padre de la Iglesia por su energia en defenderla y lo brillante de sus controversias.

NEWTON.

Este obispo inglés, al que no hay que confundir con el célebre geómetra del mismo nombre, compuso varias obras de teologia protestante, en las que renovó todos los ataques y todas las diatribas que se habian dirigido contra la Iglesia romana. Su doctrina ni es ortodoxa bajo el punto de vista católico ni bajo el de la Iglesia anglicana. Combatió la eternidad de las penas, y creyó en un restablecimiento final y de dicha general.

UNGUIDOS.

Damos esta traducción á la palabra *ouits* con que el *Diccionario de las Herejías*, en el *Suplemento*, designa á estos sectarios del calvinismo que aparecieron en Inglaterra hácia el año 1570. Estos fanáticos enseñaban que todos los que tenían el insigne honor de formar parte de su secta se hacían por este hecho impecables, y también que el Nuevo Testamento no era otra cosa que la predicación de lo que Jesucristo hará en el juicio final.

OLARIANOS.

Secta de libertinos llamados así del latín *olla*, bebida. Estaban continuamente entregados á la más sucia intemperancia, pretendiendo que la caridad cristiana exigía que se recreasen mutuamente los unos á los otros por medio de festines y danzas. De aquí nacían los más asquerosos excesos á los que se entregaban sin ningún escrúpulo, pues que creían con ellos hacer una buena obra. Aparecieron en el siglo xvi, empero su existencia fué muy poco duradera (1).

(1) Prateol, tit *Ollarii*.

CONFESION SAJÓNICA.

Para terminar la historia de las herejías del siglo xvi, vamos á dar cuenta de lo que es la confesión sajónica. Esta fué dirigida por Melancthon para ser presentada al concilio de Trento, según Sleidan, por orden del elector Mauricio, que el emperador había colocado en el punto que ocupaba Juan Federico. Esta confesión, redactada en presencia de todos los doctores protestantes y acogida por una gran parte de los individuos del partido, no era otra cosa que una repetición de la de Augsburgo, según dice el autor citado; pero en realidad se diferenciaban esencialmente una de otra. En efecto, el artículo de la Eucaristía fué explicado en términos bien diferentes de los que se habían empleado en la de Augsburgo. Para no reproducir el largo discurso de cuatro ó cinco páginas con que Melancthon sustituye las dos ó tres líneas del décimo artículo de Augsburgo, dedicadas á esta materia, diremos en sustancia su sentir: «Es necesario, dice (cap. *De cena, Synt. gen.*, II part., pág. 72), enseñar á los hombres que los sacramentos son actos instituidos por Dios, y que las cosas no son sacramentos sino en el tiempo del uso establecido, pero que en el uso establecido de esta comunión Jesucristo está verdadera y sustancialmente presente, que verdaderamente se dá á los que reciben el cuerpo y la sangre de Jesucristo, porque Jesucristo ha dicho que está en ellos, y los hace sus miembros.»

Melancthon evitó el poner lo que había puesto en la con-

fesion de Augsburgo, *que el cuerpo y la sangre son verdaderamente dados con el pan y el vino*, y aun lo que Lutero había añadido, «que el pan y el vino son el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo, que no reciben ménos los cristianos piadosos que los impíos.» Estas importantes palabras de Lutero, que habían sido recogidas con tanto cuidado para explicar su doctrina, sin embargo de haber sido firmadas por el mismo Melancton en Smalcalde, fueron cercenadas por él en la confesion sajónica. Parece que él no quería que el cuerpo de Jesucristo fuese tomado por la boca con el pan, ni que fuese recibido sustancialmente por los impíos, puesto que no niega una presencia sustancial, en la que Jesucristo viene á sus fieles no solamente por su virtud y por su espíritu, sino tambien en su propia carne y en su propia sustancia, separado, sin embargo, del pan y del vino; pues es necesario que la Eucaristia produzca esta novedad, y que, segun la profecia del santo anciano Simeon, Jesucristo fuese en los últimos siglos *un objeto de contradicciones* (Luc., II, 34), como su divinidad y su encarnacion lo habían sido en los primeros.

Esta confesion sajónica reconoce el libre albedrío del hombre. Se encuentra en ella un artículo sobre la division de los pecados en mortales y veniales, que contradice uno de los fundamentos de la Reforma, que no quiere reconocer que esta distincion está apoyada en la naturaleza del pecado mismo (1).

(1) Bossuet: *Historia de las Variaciones*, lib. VIII.

RESÚMEN DEL PROTESTANTISMO Y DEL CALVINISMO.

I.

Después de haber expuesto con la minuciosidad que se ha visto la historia de la Reforma, y habernos ocupado de la mayor parte de sus múltiples ramificaciones, creemos oportuno hacer aquí un resumen, para refrescar la memoria del lector, presentando bajo un solo cuadro y en el menor espacio posible lo concerniente á esta herejía, que tiene el triste privilegio de ser la que desde el nacimiento del cristianismo ha hecho más rápidos progresos y ha producido más tristes consecuencias.

¿Quién es el patriarca de la Reforma? ¿De quién le vino su mision? ¿Con qué milagros la demostró? ¿Cuál fué su conducta pública y privada? Lutero, ese hombre que trastornó el mundo, que tantas aflicciones ha hecho experimentar á la Iglesia católica, que tantos hijos la ha arrebatado,

que todo lo ha trastornado, que introdujo en el mundo un verbo nuevo, atacando brutalmente la autoridad de la Iglesia, no fué otra cosa que un miserable apóstata del catolicismo, inconsecuente en sus doctrinas, inmoral y atrevido: un hombre que dominado por las más groseras pasiones, rompe los votos con que se había ligado al pié de los altares para vivir matrimonialmente con una desgraciada religiosa á la que logra convencer para que á su ejemplo quebrante sus sagrados votos y se convierta en apóstata. ¿Y puede creer un entendimiento ilustrado, que un hombre de conducta tan escandalosa, mofador de los sagrados misterios, de genio irascible y vengativo recibiese mision de Dios para reformar la Iglesia? La mision de Lutero no de Dios sino de Satanás procedía: no era del cielo sino del infierno. La Iglesia fundada por Jesucristo no necesitó nunca reforma, ni la necesitará en la sucesion de los siglos: conserva y conservará siempre su unidad de creencia, su unidad doctrinal, libre de esas variaciones que advertimos en las sectas. Jesucristo ofreció rogar para que no faltase la fé de Pedro, y en esta promesa descansa tranquila la Iglesia. Los adictos á la mal llamada Reforma tienen ojos y no ven. Bastábales, si no otra cosa, estudiar la vida de su patriarca para conocer el crédito que merece su obra, esa obra de perdicion que tantos males ha causado á la sociedad así en el orden religioso como en el civil.

Aun suponiendo, lo que no puede ni aun suponerse, que algo bueno se encontrase en la Reforma, ¿podría atribuirse á Lutero otra mision que la que hemos indicado? ¿Cuáles fueron sus milagros? ¿Tal vez los groseros y miserables

epítetos que dirigia al sucesor de Pedro? ¿Tal vez su escandalosa y sacrilega union con Catalina? Empero no nos detendremos más en este punto del que hemos dicho lo bastante al historiar su vida, y entraremos de lleno en las reflexiones que el grave hecho de la Reforma nos sugiere.

II.

Apenas apareció el protestantismo las miradas de la Europa entera se fijaron en aquella novedad: «ruidoso en su origen, dice Balmes, sembrando en unas partes la alarma, y excitando en otras las más vivas simpatías; rápido en su desarrollo, no dió lugar siquiera á que sus adversarios pudiesen ahogarle en su cuna; y al contar muy poco tiempo desde su aparicion, ya dejaba apenas esperanza de que pudiera ser atajado en su incremento, ni detenido en su marcha.» Esta es una verdad tan innegable como espantosa. No nos sabemos explicar cómo en un pais que era católico, donde era reconocida la autoridad y primacia del romano Pontífice, donde tan celosos defensores tenia la causa de la fé católica, pudo un hombre vano y orgulloso que quiso convertirse en apóstol, y cuyas cualidades eran tan contrarias á las que resplandecian en los verdaderos apóstoles de Jesucristo, rodearse de consideraciones; poner en jaque digámoslo así á doctores que gozaban de gran reputacion y crédito, que entraron con él en discusiones, y muchos de los cuales cayeron en el lazo que les tendiera la audacia y la mala fé del apóstata agustino.

Al hablar del protestantismo no nos es posible dejar de fijar la atención en las reflexiones de nuestro sabio crítico arriba nombrado. Él supo encontrar la causa del fenómeno y por lo tanto los motivos de que se engriese y se llenase de orgullo el ex-fraille novador. «Creando, dice, nuevos y pingües intereses, se halló escudado por protectores poderosos; mientras que, convidando con los más vivos alicientes todo linaje de pasiones, las levantaba en su favor, poniéndolas en la combustión mas espantosa (1).»

Verdaderamente estos recursos han producido siempre los efectos que se propusieron los autores de todas las revoluciones que han agitado el orden social, porque la Reforma protestante, como ya hemos dicho en otro lugar, no fué otra cosa que una revolucion de marcado carácter demagógico. En toda revolucion si se halagan las pasiones, si se crean nuevos y cuantiosos intereses á los que ya poseen y libertades hasta el exceso á lo que se llama pueblo, está andada la mayor parte del camino, porque la propension general es ver satisfechas las pasiones. La de los poderosos es poseer más: las del pueblo romper todo yugo de autoridad, como si pudiera existir el orden social sin la armonia que nace de la obediencia á las leyes y á los poderes constituidos. El crecimiento verdadero del protestantismo lo vemos en que los poderosos que pudieron contenerlo tenían una fé tibia, que con facilidad se dejaron arrebatar: en pueblos sencillos é incautos que cayeron en la red, no vemos otra causa que esta misma sencillez é ignorancia. Los primeros debieron haber visto en el novador un hombre digno de ser

(1) Balmes: El protest. comparado con el catolicismo, cap. 1.

encerrado en una casa de orates. Los segundos fueron ménos culpables por la razon expresada.

La Iglesia habia atravesado quince siglos en su marcha majestuosa, triunfando de las persecuciones y de las herejías que el infierno habia suscitado contra ella, siempre coronándose de triunfos y laureles. Faltábale una prueba, y esta la experimentó con la Reforma ideada y realizada por Lutero. Confesamos que la palabra *Reforma* la escribimos siempre con repugnancia, porque en realidad de verdad nada reformó ni nada pudo reformar el protestantismo. Lo que hizo fué apartar á muchos fieles de los caminos de la salvacion, arrancándolos á la obediencia de aquel á quien dijo Jesucristo en la persona del primero de los pontífices: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

Pues bien, esta última prueba vino: y visto el vuelo que tomó el protestantismo en diferentes partes del mundo, ¿quién duda que el catolicismo hubiera terminado su mision sobre la tierra á no ser obra de la Divinidad? Nunca la barca de Pedro ha experimentado una tempestad más deshecha: nunca se ha visto más agitada por las olas de las tribulaciones: nunca se ha trabajado más y con mayor constancia por destruir ese trono augusto del sucesor de Pedro, desde el cual un anciano sin ejércitos ni baluartes desafia las iras del mundo y es obedecido por millones de vasallos. ¿Y ese protestantismo protegido por grandes poderes de la tierra, pudo eclipsar la gloria del pontificado católico? La Gran Bretaña fué sustraída así como la Alemania á la obediencia de la Santa Sede, y sin embargo el pontificado coronado de gloria

veía por otros puntos del mundo aumentarse el número de sus fieles hijos y mandaba sus misioneros á conquistar nuevos pueblos que se hallaban sumidos en la barbarie, y que gracias al celo de aquellos varones de misericordia abrian sus ojos á la clara y refulgente luz del Evangelio.

Han pasado tres siglos desde que Lutero inició su diabólica campaña: sus sectarios han continuado su obra así como los de su colega Calvino: las sociedades bíblicas de Londres gastan millones en la propagación de sus mutiladas biblias, y sin embargo hoy vemos, y es una verdad que está al alcance de todos, que el protestantismo se desmorona, al paso que la Iglesia católica se presenta á la faz del mundo en su primitiva virilidad. Ni el protestantismo en tres siglos de insensatos trabajos, ni el liberalismo moderno que se ha hecho dueño del patrimonio de san Pedro y casi no ha dejado al Vicario de Jesucristo almohada en que reclinar su cabeza, han conseguido hacer bambolear la institución divina. ¿Cómo nos explicarán este hecho los que no creen en nada maravilloso? ¿No vemos que cualquier revolución diestramente dirigida echa por tierra hechos astillas los tronos que parecían más poderosos, y hace desaparecer las dinastías que eran más queridas y respetadas de sus pueblos? ¿Cómo es que siendo tantas y tan poderosas las revoluciones suscitadas contra la dinastía de los romanos pontífices no han podido hacerla desaparecer, y siendo tantas las asechanzas dirigidas contra su trono no lo han podido conmovier? Sin salir de la historia de este siglo xix, ¿cuántos ejemplos podíamos citar de la facilidad con que un soplo de revolución ha hecho caer por tierra los tronos que se creían

más robustos y poderosos! pero no hemos de escribir aquí lo que está en la memoria de todos.

Así, la revolución de Lutero ha sido funestísima para los pueblos, pero no para la Iglesia, que se conserva pura é inmaculada tal cual la fundó nuestro Señor Jesucristo, y tal como atravesará los siglos futuros hasta que llegue la consumación del tiempo.

Con horror apartamos la vista de ese protestantismo, donde nada se encuentra de constante, cuyo principio constitutivo es imposible señalarse, y cuyas continuas variaciones, pues que cada día modifica ó cambia sus creencias, nos revelan que está fundado sobre arena movediza, á diferencia del catolicismo, que se ve libre de tales oscilaciones, porque su cimiento es una roca.

III.

Acabamos de decir que el protestantismo ha sido funestísimo para los pueblos, y nadie ignora que él interrumpió y debilitó la misión civilizadora de Europa. Sobre punto de tanto interés hé aquí cómo se explica el sabio Balmes: «No puedo ménos de recordar otra de las faltas que ha cometido el protestantismo, quebrantando la unidad de la civilización europea, introduciendo en su seno la discordia, y debilitando su acción física y moral sobre el resto del mundo. La Europa estaba al parecer destinada á civilizar el orbe entero. La superioridad de su inteligencia, la pujanza de sus fuerzas, la sobreabundancia de su población, su carácter

emprendedor y valiente, sus arranques de generosidad y heroísmo, su espíritu comunicativo y propagador, parecía llamarla á derramar sus ideas, sus sentimientos, sus leyes, sus costumbres, sus instituciones, por los cuatro ángulos del universo. ¿Cómo es que no lo haya verificado? ¿Cómo es que la barbarie está todavía á sus puertas? ¿Cómo es que el islamismo conserva aún su campamento en uno de los climas más hermosos, en una de las situaciones más pintorescas de Europa? El Asia con su inmovilidad, su posición, su despotismo, su degradación de la mujer, y con todos los oprobios de la humanidad, está allí, á nuestra vista, y apenas se ha dado un paso que prometa levantarla de su abatimiento. El Asia menor, las costas de la Palestina, de Egipto, el Africa entera, están delante de nosotros, en la situación deplorable, en la degradación lastimosa, que contrastan vivamente con sus grandes recuerdos. La América, despues de cuatro siglos de perenne comunicación con nosotros, se halla todavía en tal atraso, que gran parte de sus fuerzas intelectuales y de sus recursos naturales están aun por explotar.

«Llena de vida la Europa, rica de medios, rebosante de vigor y energía, ¿cómo es posible que haya quedado circunscrita á los límites en que se encuentra? Si fijamos profundamente nuestra consideración sobre este lamentable fenómeno, el cual es bien extraño que no haya llamado la atención de la filosofía de la historia, descubriremos la causa en que la Europa ha carecido de unidad, por consiguiente su acción al exterior se ha ejercido sin concierto, y por tanto sin eficacia. Se está ensalzando continuamente

la utilidad de la asociación; se está ponderando su necesidad para alcanzar grandes resultados, y no se advierte que, siendo aplicable este principio á las naciones como á los individuos, tampoco pueden aquellas prometerse el producir grandes obras, si no se someten á esta ley general. Cuando un conjunto de naciones, nacidas de un mismo origen y sometidas por largos siglos á las mismas influencias, han llegado á desenvolver su civilización dirigidas y dominadas por un mismo pensamiento, la asociación entre ellas llega á ser una verdadera necesidad; son una familia de hermanos, y entre hermanos la división y la discordia producen peores efectos que entre personas extrañas.

«No quiero yo decir que fuera posible una concordia tal entre las naciones de Europa que viviesen en paz perpétua unas con otras, y procediesen con entera armonía en todas las empresas que acometiesen sobre las demás partes del globo; pero sin entregarse á tan hermosas ilusiones, imposibles de realizar, queda no obstante fuera de duda que, á pesar de las desavenencias particulares entre nación y nación, á pesar de la mayor ó menor oposición de intereses en lo interior y exterior, podía la Europa conservar una idea civilizadora, que levantándose sobre todas las miserias y pequeñeces de las pasiones humanas, la condujese á conquistar mayor ascendiente, asegurando y aprovechando la influencia sobre las demás regiones del mundo.

«En la interminable serie de guerras y calamidades que affigieron á la Europa durante la fluctuación de los pueblos bárbaros, existía esa unidad de pensamiento; y merced á ella, de la confusión brotó el orden, de las tinieblas surgió